

La comunicación se compara con la imagen del cuerpo que supera un obstáculo material (el mostrador) para acercarse a otro cuerpo. La ausencia de los otros se hace carencia física, expresada como sed. El énfasis en el contacto por las manos llega a producir una hendidura en la palma, a través de la cual el cuerpo puede trasfundirse hacia el otro. Todo este proceso de fusión no se expresa como realidad, sino como deseo o aspiración bajo una forma semejante a la plegaria.

El mismo tono de conjetura, expresado con el subjuntivo, se mantiene en los versos que siguen, próximos ya al final del poema:

Y AHORA VAMOS A HABLAR. ¿SABEIS? VAMOS  
A HABLAR.

como si hubiera empezado el deshielo  
y ya estuviese circulando la misma sangre en nuestros  
corazones.

(Sección IV, p. 198.)

Esta posibilidad parece hacerse real al situarse en un momento preciso, «en un lugar donde el tiempo se ha convertido de repente, en la palabra ahora». Lo deseado cobra realidad en y por el instante, y el subjuntivo se torna en indicativo:

porque empieza el deshielo...  
y jamás he sentido la plenitud que estoy sintiendo en este  
instante.

(Sección IV, p. 198.)

La plenitud alcanzada se conecta con lo somático, con lo verbal y, en suma, con lo vital, tres ámbitos que aparecen integrados e intercambiables:

la plenitud que estoy besando en vuestras manos,  
que estoy hablando en vuestras manos,  
que estoy viviendo junta...

(Sección IV, pp. 198-9.)

Aunque estos versos finales suponen el logro de la unidad con el otro ausente a través del cuerpo, unas líneas más arriba, el sujeto había expresado claramente su duda al respecto:

en esta habitación en donde las baldosas se levantan un poco  
y ya no vuelven a encajar en su sitio  
como la tierra removida ya no cabe en su hoyo:  
tal vez a nuestro cuerpo ocurra igual,  
pero, ¡no importa!

(Sección IV, p. 197.)

Este último verso representa la voluntad de ignorar un posible desenlace negativo, en el que nada vuelve a ser lo que fue, para llegar a la afirmación de la plenitud.

Este afán de crear una presencia hecha de ausencia, fijando los recuerdos y persiguiendo una relación por lo corporal, lleva a una situación contradictoria. El sujeto intenta lo imposible, busca resolver esta tensión mediante el lenguaje, en cuyo ámbito se asume la contradicción, reflejada en todos los niveles lingüísticos.

Vallejo reconstruye instantes de la vida familiar en unos textos que pueden considerarse entre los menos herméticos de los suyos. En Rosales se encuentran ecos temáticos de esos poemas, si bien el objetivo perseguido por el sujeto de *LCE* —la unidad total con los ausentes— lleva al poeta a utilizar recursos que Vallejo emplea en textos ajenos al tema familiar, en los que se violenta el discurso lógico.

El lenguaje en *LCE* aparece forzado en todos sus niveles. En el morfosintáctico cabe señalar las derivaciones anómalas:

se fue azucenamente hacia la tarde	(I, p. 146.)
toda solteramente siendo araña	(I, p. 148.)
madreamarado, al fin, sobre tu pecho	(IV, p. 181.)
ahora ya estamos juntos y ayeridos y ciegos	(IV, p. 188.)
lo que estaba desdolorido por la vida	(I, p. 147.)

(Este último ejemplo nos recuerda el sintagma vallejiano: «mi adolorida infancia» de *Trilce* LXI.)

En ocasiones hallamos alteraciones verbales, construcciones sintácticas irregulares, y conexiones de elementos semánticamente incompatibles:

Y todo allí, precisamente allí, diciéndose y lloviendo para siempre	(III, p. 167.)
callando hasta nacer y hasta nacerte	(II, p. 162.)
que sus palabras... se quedaban completamente siendo	(II, p. 161.)
este silencio que... se nos cansa en el cuerpo se nos lleva,	
se nos duerme a morir	(I, p. 146.)
haciéndose gallego inútilmente	(I, p. 148.)
Concha era siempre alegre, siempre después de alegre	(II, p. 160.)
y tú callabas volviéndote a morir para decirlo	(II, p. 156.)

La contradicción señalada en el desarrollo lógico del poema se expresa también en sintagmas u oraciones que tienden al sinsentido o encierran componentes irreconciliables. Uno de los recursos más utilizados para introducir una realidad distinta a la cotidiana, y, en apariencia, incoherente, es la comparación a través de «como» o «igual»:

y has mirado tus libros como miran los árboles sus hojas	(I, p. 144.)
ha crecido hacia mí...	
igual que un muerto que se siente crecer,	(II, p. 156.)
que era indeleble y rubia como un agua con sol	(III, p. 171.)
ahora ya estamos sombreados	
como un camino de alas choperas por la muerte:	(IV, p. 188.)
Y era verdad, era verdad como una calle que nos lleva a la infancia.	(II, p. 154.)

En algunos momentos el discurso poético permite plantear contraposiciones irresolubles:

has sentido la extrañeza de tus pasos que estaban ya sonando en el pasillo antes de que llegaras.	(I, p. 144.)
ahora que me he quedado huérfano como una galería donde suenan un reloj que no está allí.	(IV, p. 197.)

En «No vive ya nadie...» Vallejo sólo puede expresar la permanencia de los ausentes a través de la contradicción:

Quando alguien se va, alguien queda.  
Todos han partido de la casa, en realidad, pero todos se han  
quedado en verdad.

En Rosales encontramos semejanzas en los siguientes versos:

Es Juan Panero quien me habla: murió y era mi amigo. (II, p. 144.)

pero ahora es diferente porque ya están aquí y eran mis padres,  
murieron y son todo,

me lo han reunido todo para siempre. (IV, p. 179.)

donde se oponen «me habla/murió», «están aquí/murieron». El sujeto en *LCE* expresa su desconcierto ante esa situación, aunque se reafirma en el sinsentido:

Y YO AL ENTRAR LO ESTOY MIRANDO TODO

sin poderlo entender,

y sé que no es posible y, sin embargo, es triste,

y sé que no es posible y, sin embargo, es verdadero. (III, p. 165.)

Vallejo se enfrenta a la imposibilidad de resolver la fragmentación causada por el paso del tiempo e intuye que la única forma de recuperación es la palabra poética:

Haga la cuenta de mi vida  
o haga la cuenta de no haber aún nacido  
no alcanzaré a librarme.

No será lo que aún no haya venido, sino  
lo que ha llegado y ya se ha ido,  
sino lo que ha llegado y ya se ha ido. (*Trilce*, XXXIII)

En Rosales también la palabra se convierte en el medio de rescate del pasado, que existe en el presente porque «se dice»:

Es justo y necesario conservar los afectos como eran y los recuerdos  
como serán, y atar los unos y los otros, en una misma ley de  
permanencia; es justo y necesario saber que todo cuanto ha sido, todo  
cuanto ha temblado dentro de nosotros, está aún como diciéndose  
de nuevo en nuestra vida y en la vida. (Prólogo, p. 138.)

El hablar con los otros se hace sinónimo del vivir con los otros, considerados no sólo como recuerdos o seres inmateriales, sino también como seres corpóreos:

la plenitud que estoy besando en vuestras manos  
que estoy hablando en vuestras manos  
que estoy viviendo junta  
porque ahora  
vamos a hablar, ¿sabéis? ¡vamos a hablar! (IV, p. 198.)

En ambos poetas la palabra busca un tiempo pasado vivo y ese afán se hace poesía:

Y en este esfuerzo humano por recuperar el tiempo vivo, por  
conservar en nuestra alma un equilibrio de esperanzas ya  
convertidas en recuerdos y de recuerdos ya convertidos en  
esperanzas, por mantener, como se pueda, esa memoria del vivir,  
ese legado que es la unidad de nuestra vida personal, la poesía,  
y solamente la poesía, sigue diciendo su palabra. (Prólogo, *LCE*, p. 138.)

La poesía es tono, oración verbal de la vida. Es una obra  
construida de palabras. (Vallejo.)<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Vallejo, edición citada, p. LXIV.

Mas lo que no acaba nunca son las nubes, los soles, las causas primeras y los últimos fines, todo aquello que no predica nada en concreto; es decir, la obra del poeta. (Vallejo.)<sup>9</sup>

Con independencia de la postura personal de cada uno, tanto en Vallejo como en Rosales el intento de reunión con los ausentes se produce en un espacio poético que no se ajusta exactamente a unas coordenadas de trascendencia religiosa. A ello contribuye la presencia de lo somático y los actos con ello relacionados: las voces, los pasos, la mirada.

La dialéctica entre la dispersión temporal y la permanencia en (y por) la palabra, conduce al logro de una ilusión de unidad y equilibrio para el sujeto en los textos de ambos poetas. La subjetividad enajenada predica (¿o solamente persigue?) un mundo nuevo, el cual —paradójicamente— puede alcanzarse sólo mediante el rescate de los instantes pretéritos del recinto familiar. Sin embargo, ese mismo sujeto, pese a tal ilusión, continúa siendo «sólo un hombre sucesivo que se escribe con sombras». Aquella dialéctica, por tanto, sigue sin resolverse.

El recinto familiar es un espacio intermedio en la formación del sujeto vallejiano. En otros textos del peruano, el sujeto, incapaz de superar la fragmentación causada por el deseo-conflicto con el otro, permanece impar —esto es, afirmándose y negándose a la vez—, entre «el éste y el aquél» (*Trilce*, LVII). Para el sujeto en Rosales, el recinto familiar representa la única posibilidad de resolver la tensión entre la singularidad y la pluralidad. Y esa tensión se alza, a todo lo largo de su discurso poético, a símbolo máximo de la enajenación que lo agobia.

La delimitación del tiempo en el instante, la paralización del fluir temporal en el momento rescatado por la palabra, le permite al sujeto de *LCE* «descansar de vivir». Y en ese «descanso» pareciera hacerse corpórea la esperanza en la negación de la relatividad —lo que equivale a un afirmar la integración de lo plural en la unidad—.

En suma, Vallejo ofrece en varias vertientes —el planteamiento de la recuperación del tiempo y de los seres perdidos, la función otorgada al cuerpo, la violenta ruptura del lenguaje— caminos que serán desarrollados con personalidad propia por Rosales en *LCE*, dando lugar a un poema-libro de admirable tensión poética.

Francisco Avila y Doris Schnabel

<sup>9</sup> Vallejo, edición citada, p. XL.